Los cuatro pasaron el día juntos
Els quatre van passar el dia junts
Chris Kraus

Traducción de Gabriela Ellena Castellotti / Ferran Ràfols Gesa
Random House / La Segona Perifèria
288 / 352 páginas. 21,90 euros



El orden de las cosas

Chris Kraus juega con la expectativa del lector al conceder tanta importancia a lo cotidiano como a los grandes hechos en 'Los cuatro pasaron el día juntos'



MARTA MARNE

Quien se acerque a *Los cuatro pasaron el día juntos*, de Chris Kraus (Nueva York, 1955), atraído por el asesinato que anuncia la sinopsis tendrá que esperar bastante: el crimen no aparece hasta la página 177, cuando apenas quedan cien para terminar la novela. Durante todo ese tiempo, la autora ha conseguido mantener nuestro interés por las vidas de unos personajes que, en principio, poco tienen que ver con el delito.

La novela está dividida en tres partes que recorren distintas etapas de la vida de Catherine, aunque no siempre sea ella quien ocupe el centro de la narración. En la primera conocemos la vida de los padres de Catherine, Jasper y Emma, sus dificultades económicas, sus sueños frustrados y los problemas de desarrollo de su hija menor, Carla. Que la niña hable por primera vez a los 5 años recibe una atención narrativa semejante a que Emma se compre una tostadora. Y, sin embargo, esa sucesión de detalles consigue que nos impliquemos en sus vidas, hasta el punto de que resulta frustrante ver cómo prácticamente desaparecen cuando la narración se desplaza hacia su hija mayor, Catt. La segunda parte se concentra en la vida adulta de esta y en su relación con Paul, marcada por el alcoholismo de él, mientras que la tercera introduce finalmente el asesinato y los intentos de Catt por reconstruir lo sucedido.

Uno de los elementos más llamativos de la prosa de Kraus es la acumulación de información. Al modo de una crónica periodística, la autora reconstruye acontecimientos y presenta personajes de los que conocemos sus antecedentes, las circunstancias que los han llevado hasta ese momento e incluso detalles de sus vidas que parecen anunciar una mayor importancia en la historia. Esa minuciosidad consigue que nos interesemos por vidas que en principio no tienen nada extraordinario. Incluso tenemos la sensación de haber pasado con esos personajes mucho más tiempo del que en realidad transcurre.

Esta acumulación de información convierte la novela en un artefacto que, por momentos, se parece mucho más a la vida que a la literatura. Los narradores suelen seleccionar qué acontecimientos destacar y cuáles omitir para construir una historia que avance hacia algún lugar. Kraus, en cambio, nos cuenta muchas cosas cuya importancia desconocemos y que quizá nunca la tengan.

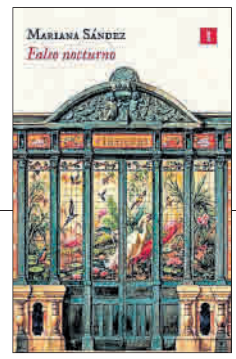
Esto afecta también a las expectativas sobre los personajes. Catt, por ejemplo, es una niña con una inteligencia excepcional, hasta el punto de que su madre considera que puede desenvolverse sola y dedica buena parte de sus esfuerzos a su hermana Carla. Su infancia y su adolescencia nos hacen imaginar futuros distintos para ella. Pero, cuando sabemos qué ha sido de su vida, resulta fácil mirar atrás y creer hallar en ambas etapas indicios de lo que iba a suceder.

Al llegar a la última página cuesta saber qué acabamos de leer. Es posible incluso preguntarse si nos hemos perdido algo, porque hay historias que se interrumpen y personajes de los que dejamos de saber. Y eso que la novela nos ha tenido pendientes de cuanto ocurría. Pero quizá lo más interesante llegue después, cuando empezamos a darle vueltas a lo leído y a entender por qué Kraus ha decidido contarlo de esa manera. Una experiencia de lectura puede resultar extraordinaria sin necesidad de que todas las piezas encajen al final.


Chris Kraus

Falso nocturno
Mariana Sández

Impedimenta
312 páginas. 23,95 euros



La vida está en otra parte

Mariana Sández reflexiona sobre los autoexilios que nos imponemos y las falsas identidades con las que nos desdibujamos en 'Falso nocturno'



RICARDO BAIXERAS

Entre lo real y lo irreal, entre lo cotidiano y la extrañeza de sí ha querido Mariana Sández (Buenos Aires, 1973) situar este *Falso nocturno* que trata de recrear argentinamente «el ostracismo loco, el acto de Wakefield más radical», es decir, hacer creer a los tuyos que estás lejos cuando en realidad resides a pocos pasos de tu casa. Y ese acto de extranjería, ese querer ser extranjero, «leve fragilidad sin sombra», es aquí la historia de Charo Almeida, un «esynoes», que consiste en querer vivir las vidas apartadas de sí misma que hasta ahora no ha podido protagonizar. Y en esas vidas, escribir entonces un diario de los días que pasan en un hotel convertido en una alocada cartografía literaria: «Nuestro hotel más parece el de Marienbad. También el castillo de Argol, la fortaleza de los Tártaros, la abadía thelemita de Gargantúa, el palacio de los Corazones de Alicia, el palacio de Vathek, las ciudades invisibles de Calvino, el castillo de Otranto, la cúpula en el Panteón de Roma en *El péndulo de Foucault*».

A estas alturas, el lector ya sabe que lo que está leyendo es un libro que traza con mano precisa los autoexilios que nos imponemos y las falsas identidades con las que nos desdibujamos. Pero también y sobre todo la novela de una mano que imagina lo que escribe y que escribe lo que imagina, creando de este modo un cuadro con varias perspectivas y el vórtice de un torbellino que atrae y succiona a todos los personajes (y a ti también, querido lector) hacia el centro imposible de la literatura: «Escribir puede definirse como residir fuera de cuadro, que se parece a residir ingrávidamente o no residir, a estar constantemente de paso».

Charo y Eugenio y los seres espectrales que pueblan este hotel que les acoge están fuera de campo y es por eso que quieren «reinsertarse en el cuartel de lo real». Brutal la sensación de estar leyendo de qué manera unos seres de papel saben que están del «otro lado del umbral», del otro lado del espejo a lo Lewis Carroll, sí, pero más reales que la piedra dura. Por aquí desfilan, señoras y señores, Pessoa y todos sus heterónimos, Tabucchi, Walser, Bioy Casares, Satie, Borges y Vila-Matas, y en este desfile de máscaras lo decisivo es saber que la vida está en otra parte. Para todos ellos, como para Charo, es decisivo «ser el extranjero que se arraiga (ese oxímoron), el que se asienta y se adapta, que es capaz de camaleonizarse con la gente del lugar y, aun así, internamente». Para el lector es decisivo saber que ella «vivirá con un no sé qué de estar fuera, una distinción que lo separa, una coraza».

Hará bien en no leer solo esta novela como un *remake* genial del cuento de Nathaniel Hawthorne, porque es, antes que nada, las notas abismáticas de una mujer que, mintiendo a los suyos, sabe que está abriendo una grieta que tiene la forma de lo verdadero imaginario, que sabe en qué consiste eso que llamamos literatura: «Escribir ocurre en ese no lugar: donde se encuentra como un sótano sin energía eléctrica ni agua potable, adormecida de sí [...] De pronto quiero abrir los ojos y me encuentro, a flote, no haciendo pie, con el agua más allá de cualquier registro, de cualquier borde. Escribir ocurre durante esa inundación».


Mariana Sández